Cuentos de regalo



Amores de una MujerSuela

Colección Relatos

Carola Baratti

libros en red

Amores de una MujerSuela

Cuentos de regalo

Carola Baratti

Colección
Relatos

www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Dirección de Contenidos: Ivana Basset
Diseño de Tapa: Patricio Olivera

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital
© LibrosEnRed, 2004
Una marca registrada de Amertown International S.A.

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

ÍNDICE

Brasil..., lara la la la la, lala..., la la ...Brasil, Brasil...

Los unos y los otros

La boca

Narciso y el mundo

Feliz navidad y prósperos años de felicidad

Acerca del Autor

Editorial LibrosEnRed

Brasil..., lara la la la la, lala..., la la ...Brasil, Brasil...

En esa época, la rebeldía y la libertad me parecían primas hermanas. Me gustaba parecer (no tanto por el qué dirán, sino por el qué diría yo) suelta, salvaje y librada al azar. Para ser cada vez más parecida a lo que quería ser, y ser cada vez más lo que no era, me fui a Brasil con cuatro amigos, un bolso y ningún rumbo fijo. Si la vida era natural, impredecible y maravillosa, yo sería igual y haría juego con ella evitándome todos los choques culturales que veían arruinándomela.

El viaje resultó tan incómodo, que en varias oportunidades pensé en las innegables ventajas de la burguesía. La de tener un autito, por ejemplo, y no recorrer miles de kilómetros en un tren lleno de chanchos, gallinas y gente con olor a chivo haciendo pis en los pasillos o aguantando estoicamente el hambre y las ganas de ir al baño durante dieciséis horas. Después de varios días de trenes, ómnibus y hoteles de cuarta categoría llegamos a una isla donde comenzar las tan ansiadas y bohemias vacaciones. Sobre ese panorama selvático apareció un hombre marrón, al que bautizamos Batman porque tenía un amigo rubiecito e inseparable que lo miraba con admiración. Batman era un mulato de nariz respingada, musculoso y consciente de su oficio de seductor. La cuestión cromática me resultó tan interesante, que acepté su propuesta de que viniera a preparar jugos de coco a la casita que habíamos alquilado.

Después de varios jugos me vi en brazos de Batman. Esperando que él tuviera un orgasmo decente para decirle que se fuera de una vez, creí que iba a tener que comprarme una prótesis vaginal. Su oscura pasión de sangre africana me iba incrustando contra la almohada mientras tenía la sensación de que corría el riesgo de desaparecer bajo sus mordiscos, pellizcones y otras formas de alegría brasileña. Cuando todo terminó le regalé los cocos que habían sobrado y le pedí que abandonara mi habitación agradeciéndole la experiencia.

Al día siguiente, viendo que todavía era una mujer normal y que durante la noche mi cuerpo había recuperado su forma habitual, pensé que todavía tenía posibilidades de encontrar el verdadero amor.

LibrosEnRed

Muy temprano, viendo la cantidad de brasileños que llegaban en una lancha desde Río, decidimos mudarnos al otro lado de la isla. Nos habían contado que detrás de la enorme masa de árboles y rocas que recortaban el mar había playas desiertas donde podíamos barrenar y bañarnos desnudos. Me pareció prudente buscar el lugar propicio para eso. Quería sacarme el corpiño de lycra sin inconvenientes. La última vez que lo había hecho, estando acostada boca arriba con las tetas al aire, vi de reojo dos pares de borceguíes pegados a mi hombro derecho. Eran dos policías que sonreían desde lo alto y haciéndome sombra miraban mis pezones pidiendo que los acompañara a la comisaría. Cuando me paré para ponerme el corpiño, uno de ellos se ofreció a ayudarme acariciándome la espalda y la cintura. Detrás de mí, además de los susurros del oficial, oí voces femeninas, torcí el cuello y a pocos metros detrás de mí había un montón de mujeres saliendo por los balcones y las puertas de sus casitas como gusanos. No podía creer tanto revuelo por un par de tetas. Algunas me señalaban espantadas. Una hizo la señal de la cruz, otras la imitaron y haciendo comentarios volvieron a sus cuevas.

Logré evitar la cárcel gracias a mis rudimentarios conocimientos de inglés y con cara de turista expliqué que estaba very very confiusing bicós ai realy realy dont know de leyes of the selva. ¿Entiendes, policeman?, le pregunté a uno que dudaba entre seguir mirándome un pezón o cumplir con su servicio. Di las gracias por todo, pedí permiso para ir a almorzar y me alejé pensando que esa isla era un lugar de mierda y que definitivamente había que tomarse otra lancha para lograr la libertad deseada.

Del otro lado todo resultó perfectamente solitario y bello hasta las cinco de la tarde, cuando divisamos entre la espuma de las olas a un hombre que hacía surf. Nos pareció que era hora de vestirnos, ya que él tenía puesto un lindísimo traje de baño fosforescente y mientras barrenaba parado, nos miraba con atención. Cuando llegó a la orilla, nos hizo señas. Nos acercamos amistosamente e hicimos las debidas presentaciones en una cruza de lenguas ridícula y precaria. Entendimos que nos estaba invitando a una cascada arriba de la montaña, asegurándonos, en tono de anfitrión, que se trataba de una gran oportunidad para bañarnos en agua dulce. Como todos estábamos bastante acartonados después de un día semejante, dijimos que sí a todo. Trepamos por un caminito muy angosto lleno de tábanos y al cabo de una hora llegamos muy cansados a un lugar parecido a las películas de Tarzán. Yo me ubiqué velozmente en el rol de Jane, Guzy —así se llamaba el musculoso—en el de Tarzán y mis amigos comenzaron a poner cara de extras diciendo que querían volver a la isla porque tenían hambre y estaban hartos de tanta exuberancia.

Al día siguiente, luego de mantener varios diálogos confusos y mirarnos con cara de hagámoslo de una vez así estamos más cómodos, él me llevó, entre algas, caracoles y aguas vivas aplastadas en la orilla, a una casita de madera alejada de todo donde hicimos el amor tan plásticamente que me sentí la protagonista de un aviso publicitario. Finalizado el encuentro tomamos jugo de abacaxí con alcohol en un bar lleno moscas.

Esa noche, Guzy me agarró de la cintura y con tono de locutor de medianoche tropical me invitó a pasar unos días en su castillo de Curitiba donde, según él, no habría nadie porque estaban todos de vacaciones. Repitiendo una y otra vez que además de los perros y la servidumbre estaríamos sólo nosotros en el más absoluto paraíso, me convenció. Acepté su propuesta de matrimonio estival, tomé el decimonoveno ómnibus del mes y en pocas horas llegué con mi pequeño bolso a la ciudad de Curitiba, dejando atrás la isla.

Cuando mi ómnibus llegó a la ciudad de Curitiba eran las siete de la mañana. Para hacer tiempo me metí en un baño donde me lavé los dientes, me pinté los labios y después de peinarme comencé a ensayar caras dulces con las cuales saludaría a Guzy mientras él me decía cuánto había pensado en mí. Tomé un taxi y ya entrando en zona residencial, el chofer se detuvo en un palacio. Pensé: algo me tenía que salir bien en la vida. Tendremos un montón de hijos, perros, mucamas abanicándonos y jugaremos al tenis o a las cartas mientras preparamos nuestro próximo viaje a Europa. "Eu asho que vocé debe ficar aquí", dijo el chofer escarbándose la nariz con el meñique.

—¿Sí?

Me temblaban varias extremidades y para tratar de relajarme, me perfumé detrás de las orejas, en las muñecas y volví a peinarme. Toqué una campana. Nada. Toqué otra vez y salieron unos perros horribles que ladraban y me miraban fijo. Me aparté de la puerta y le hice señas a un rubio de ojos azules con cara de mono adormilado que venía detrás de la jauría. A medida que avanzaba hacia la reja, el rubio miraba con cara de que yo estaba demasiado elegante como para andar pidiendo limosna y un poco hippie como para ser amiga de la familia. Yo sonreía como si fuera la verdadera dueña de casa y estuviera por desalojarlos a todos. En esas situaciones tengo una especie de Neurona de Mónaco que me hace hacer cosas raras. Es una pena que después, una vez que pasa lo peor, la Neurona Carolina se esfuma y soy el Sistema Nervioso de Juan.

Cuando los perros se callaron declaré que buscaba a Guzy. Haciendo mímica expliqué que no era un testigo de Jehová, sino que venía desde

LibrosEnRed

una isla en calidad de invitada de honor. El hermano de Guzy se presentó sacando una mano entre las rejas e inmediatamente dijo que Guzy estaba de vacaciones.

—¿De vacaciones? Pero no puede ser. Eran ustedes los que tenían que estar de vacaciones.

—Nao entendo...

Como no le creía, estuve un buen rato convencida de que mi príncipe brasileño saldría de atrás de algún arbolito del jardín dando por terminada la broma entre risas, abrazos y presentación de parientes.

El tiempo seguía pasando, yo seguía sentada sobre un sofá de terciopelo verde y sonreía todo el tiempo por si Guzy aparecía. Pero el rubio seguía insistiendo.

Recordando las larguísimas horas de ómnibus, me puse a llorar tapándome la cara con un almohadón que hacía juego con el sofá. Mientras el hermano de Guzy se levantaba y giraba sobre sí mismo sin saber qué hacer, yo exigía hospedaje instantáneo defendiendo mis derechos por haber sido estafada en territorio brasileño.

Mientras almorzábamos, luego de mostrar mi cédula de identidad y de haber sido examinada e interrogada minuciosamente por el padre, la madre y los hermanitos de Guzy, entre fuentes de porotos con arroz y mucamas varias, fui invitada a quedarme una semanita hasta solucionar el inconveniente. El inconveniente eran ellos, que no se habían ido de vacaciones, y Guzy, que según los comentarios familiares, solía desaparecer sin avisar.

Esa semana llovió día y noche sin parar y estuve encerrada en lo alto de una buhardilla del palacio, donde me puse a escribir, mientras, además de estar a la espera de Guzy, que según vaticinaban llegaría de un momento a otro, me iba enamorando de su primo, un morocho petiso y atractivo que jugaba al tenis en una computadora ruidosa y decía que yo tenía cara de conejo.

A medida que pasaba el tiempo y Guzy seguía obedeciendo a los apremios de su aventurero cerebro, seguían cayendo ranas del cielo y el primo morocho comenzaba a interesarme bastante más de lo previsto. Una noche, después de una conversación entre papas fritas, hamburguesas y vino, me dejé violar delicadamente en el altillo de la familia real, gimiendo en armonía con las estrellas fosforescentes que descubrí pegadas en el techo y tratando de mantener intacta la imagen de plebeya que tanto excitaba al primo de Guzy. Otra vez pensé que la vida era maravillosa y que después

LibrosEnRed

de todo, las cosas no me salían tan mal. Mi verdadero hombre era ése, el primo de Guzy, y no Guzy, que era un imbécil.

Mientras yo pensaba esto, él dormía, roncaba un poco y ocupaba más de la mitad del colchón abriendo sus piernas como si yo no existiera. Esa noche soñé con un gorila que me robaba una manzana acaramelada desde su jaula, yo estaba con la hermana mayor de Guzy que me miraba y se reía mientras el gorila me arañaba la única bombacha limpia que me quedaba.

Al día siguiente, sin saludarme, él anunció que tenía hambre y que quería ir a comer. Tenía cara de estar oliendo a caca en algún lugar sin poder identificar cuál era. Fuimos a almorzar ñoquis crudos a una cantina oscura donde tuve que pagar todo yo porque él no sacaba la billetera. Ese despertar, incluido el almuerzo de engrudo y otros comentarios a continuación, ayudaron a que tomara la decisión de irme. Cómo cambia todo en pocas horas, me dije mientras me daba cuenta de que me quedaban escasos dólares para llegar a Buenos Aires.

Bajé las interminables escaleras alfombradas del palacio hasta que llegué a un enorme jardín de invierno, donde además de una jaula de papagayos estaba toda la familia dándole la bienvenida a Guzy que acababa de llegar lleno de bríos y cargando su tabla de surf. Cuando me vio me saludó alegremente como si fuera una más entre todos sus parientes y con una cálida palmada en el hombro me pregunto si ya me iba:

—Sí —le contesté tratando de que no se notara cómo me temblaba la mandíbula—, un tipo me invitó a encerrarme unos días en la buhardilla de un palacio. Los astros dicen que lloverá toda la semana, terminaré acostándome con su primo y al día siguiente me iré con los intestinos llenos de engrudo y el alma por el piso.

Nadie me acompañó a tomar el último ómnibus del bohemio mes, el primo de Guzy tenía un partido de tenis con la computadora, el hermano de Guzy me miraba desde el sofá verde y Guzy, como por arte de magia, había desaparecido otra vez.

LibrosEnRed

Los unos y los otros

Abelardo llegó más tarde que los demás, se sentó a mi lado, sacó de su bolsillo un tenedor torcido y dijo que era fotógrafo.

—¿Ves esto?

—Sí, es un tenedor deforme.

—Es el Hambre, la Imposibilidad.

Comencé a charlar con él, parecía recién bajado de una nave espacial. Al rato pusieron unos boleros y sin preguntar, cosa que siempre me gusta cuando se trata de románticas iniciativas, me tomó de la cintura, dejó la Imposibilidad sobre la mesa, me llevó al patio y dijo bailemos. El bailemos en boca de Abelardo sonaba como si fuera la fuente de la cual habían surgido todos los demás bailemos.

Mientras bailábamos, me acariciaba el cuello con un dedo, y yo, aprovechando la confianza, lo invité a almorzar a mi casa con la excusa de querer ver más Imposibilidades y hablar sobre fotografía.

Al día siguiente, faltando diez minutos para que él llegara, se me tapó el baño. Cuando llegó, con un sobre grande repleto de fotos y un ramito de jazmines, le pedí que hiciera de plomero. Me pidió un alambre, hizo su trabajo con una velocidad sorprendente, me ayudó a poner la mesa y nos sentamos a almorzar mirando fotos de tenedores torcidos, pies de gordas sobre tréboles de cuatro hojas y hombres musculosos cubiertos de papel celofán.

—Qué raros que son estos hombres...

—¿Qué tienen de malo?

—¿De malo? Nada, nada, sólo que... tanto músculo azulado... ¿Te gustan las gordas?

—Me encantan los pies de las gordas.

—Y estos cubiertos torcidos...—dije mientras pinchaba una batata y analizaba las fotos de Abelardo dándome cuenta de que él me gustaba porque había destapado mi baño y sacaba fotos extrañas.

LibrosEnRed

—No me gustan las gordas, me gustan los hombres.

—Sí, la expresión humana a veces es más interesante que un tenedor... y los pies... también. Cuando yo era chiquita, iba a un club de natación y a veces me distraía mirando pies. Había una chica que tenía el dedo más largo encima del dedo gordo, una y otra vez la miraba cuando ella se distraía. ¿Cómo había ido a parar ese dedo encima del gordo?

—Te dije que me gustan los hombres, no la expresión humana en general.

En ese momento sentí que mi cara hervía. Traté de tapármela con un muslo de pollo, pero él se dio cuenta.

—¿Te molesta? —preguntó mirándome fijamente.

—Molestarme... no, ¿por qué habría de molestarme? Pero....

—Podría molestarte, como me molesta a mí. Yo no puedo evitarlo, me pasa. Pero en este momento —acotó apartando la pata de pollo que nos separaba—, quiero darte un beso. Me gustás mucho. Qué raro, en general no me gustan las mujeres, pero vos me gustás mucho.

—Sí, qué raro —dije yo después del beso—. ¿Me acompañás a lavar los platos?

Cuando se iba dijo que me llamaría. Lo hizo esa misma noche para invitarme a comer una hamburguesa completa. Cuando me dejó en casa me dio otro beso, me acarició los párpados y sin decirnos nada para conservar la magia que supimos conseguir, me bajé del auto sonriendo con los ojos a media asta y saludando con besitos en el aire.

A partir de esa noche comencé a esperarlo. A pesar de que trataba de pensar que él no debía gustarme porque a él no le gustaban las mujeres, yo pensaba que ser mujer no tenía importancia, era una cuestión celular, obra del destino, tal vez. ¿Por qué tendrían que importarme las otras mujeres de las que él no gustaba si él gustaba de mí aunque no le gustaran las demás?

Al cabo de dos días, Abelardo tocó mi portero eléctrico. Cuando bajé lo encontré con una botella de sidra y una cámara fotográfica colgándole del cuello. Me puse tan nerviosa que no podía meter la llave en la cerradura de la puerta del hall. Cuando pude hacerlo y quedé por fin frente a él sin saber qué decir, me saludó tranquilamente, y una vez en el auto me invitó a tomar un café mientras me miraba con ojos curiosos y tiernos. Me hacía reír mucho y a pesar de que no era como los otros, me hacía más feliz que los todo-hombres que hasta ese momento había tenido el gusto de conocer.

LibrosEnRed

Después de varios cafés y charlas que duraban hasta el amanecer, un día Abelardo me abrazó y dijo que iríamos a pasear al río. Mientras lloviznaba, me envolvió en un poncho de alpaca y acercando su boca gruesa a mis orejas congeladas, declaró su amor.

—Te quiero —dijo—, estoy enamorándome de vos y soy feliz por eso—. Después me abrazó y estuvo callando mientras yo hablaba hasta por los codos.

Estar con él era como vivir en el espacio. Siempre pasaban cosas nuevas y no me aburría casi nunca, salvo cuando hablaba mucho sobre sí mismo. Pero comparándolo con otros que también hablaban mucho, éste era interesante y gracioso. Tenía una conversación abierta, estaba lleno de asociaciones y observaciones que generalmente pasaban inadvertidas para la normal mayoría masculina. A veces, cuando tomábamos un tren o caminábamos por la calle, él miraba a un hombre, yo me daba cuenta y él me abrazaba como diciendo perdoname. Tocaba la puerta de mi casa a horas insólitas, me traía medialunas calientes, hacía fiestas en su casa con jardín y estaba siempre a punto de enloquecer en medio de una tierna lucidez.

Hacía el amor lentamente, con un toque femenino, gatuno, pero a la vez era más hombre que esos machitos porteños, siempre listos para demostrar que no son homosexuales, como si eso fuera garantía necesaria para hacer feliz a una mujer.

Llegó el verano y después de casi un año de estar juntos, Abelardo dijo que iría a la Patagonia a sacar fotos. Yo avisé casi simultáneamente que iría a Brasil, con la intención de ser tan interesante como él. No pareció encandilarse, solamente preguntó en qué iría.

—En ómnibus –dije, sospechando que un avión hubiera sido mejor.

Cuando volvimos a encontrarnos después de las vacaciones, algo en él había cambiado. Ya no me miraba con ojos grandes, hablaba sin parar y no me acariciaba los párpados. ¿Estaba comenzando a parecerse a los otros?

Preferí esperar. A él no le gustaba que le hicieran demasiadas preguntas, para eso estaba la vida, él mismo, la sociedad y su familia. Pero de tanto esperar sin decir nada, un buen día Abelardo dejó de llamarme y cuando yo lo llamaba, me contestaba una grabación que decía:

NO VA MÁS, NO VA MÁS. DEJAME TU MENSAJE DESPUÉS DE LA SEÑAL.

Al quinto día de escuchar que no iba más y dejarle mensajes seductores tratando dehacerme la moderna acostumbrada al amor estilo Lo Que Importa Es El Presente-Loco-qué buena onda, recibí un llamado:

LibrosEnRed

—¿Hola? —dije, esperando que fuera él pero tratando de lograr un tono indiferente.

—Habla Abelardo, linda, disculpame, estuve con algunas... cosas... ¿Cuándo podemos vernos?

—Hoy. Podemos hoy. Vamos a pasear al muelle, ¿querés?

Quedamos en que llegaría en una hora. Me metí en el baño, me lavé la cabeza, me puse unos jeans que resultaban incomodísimos pero que le encantaban y faltando sólo media hora para que llegara, me perfumé y ensayé mil caras, formas de abrir la puerta y comentarios que me devolvieran el glorioso pasado de amor.

Llegó y me saludó como si yo fuera una tía lejana, pero tratando de seguir con la misma simpatía de siempre dijo varias veces Hola qué tal, qué tal, qué tal, y sugirió que saliéramos en seguida.

Fuimos caminando hasta el río. Eran las siete y pico de un día de mierda del mes de marzo. Mientras el sol se escondía debajo del Río de la Plata dejando un cielo rosado y azul, Abelardo comenzó a hablar con la honestidad que lo caracterizaba:

—Tenés dos granos en el mentón.

—¿Para eso vinimos hasta acá? —dije aliviada de que no fuera algo peor.

—No, disculpame, es que los granos me parecen horribles. ¿Por qué no te los sacás?

Mientras me reventaba los dos granos sin espejo, esperaba la segunda parte.

—Quería decirte... son tantas cosas...

—¿Son muchas?

—¿Qué? ¿Muchas? Es una.

—Decila.

—Estoy enamorado, nunca pensé que me pasaría algo así.

—Bueno, Abe, eso ya me lo habías dicho....

—De otra.

—¿De otra... persona...?

—De otra mujer, eso me pone contento.

—Llevame al barcito del fondo. Quiero una copa de ginebra y no quiero saber cómo se llama ni cómo es.

LibrosEnRed

Él obedeció y yo me emborraché. Lloraba cada cinco minutos escondida en una campera de goma sin poder desahogarme porque había dos o tres parejitas cuchicheando y mirando el río.

Después de varias horas de ginebra, preguntas e intentos de conquistar lo que ya no era mío, llegué a casa, me acosté y dormí catorce horas.

Al día siguiente, todo lo vivido la noche anterior se paseaba delante de mí como una imposibilidad que Abelardo no habría podido fotografiar porque era el hambre del alma. Me dolía tanto la cabeza, que pensé en suicidarme arrancándomela, pero no me animé por la misma razón que no me animo hoy: la esperanza de ganarme la lotería y poder dedicarme a mi verdadera vocación: Ser Para Otro, el próximo.

LibrosEnRed

La boca

Español, peludo, con cara de ardilla, sentado en su amplio escritorio jugando con sus tarjetas de crédito y mirando la Estatua de la Libertad, Mateo sintió que se ahogaba. Qué rara es la vida, fíjate tú. Estaba todo mejor que nunca, la agenda electrónica le quemaba las manos acumulando información del jet set neoyorquino, hacía negocios en la oficina, cuando caminaba, mientras comía sus cornflakes con leche y mientras jugaba al paddle. Y cuando llegaba a su casa, se sumergía en el jacuzzi y escuchaba las ofertas de su contestador sin saber qué hacer y qué elegir: mujeres, champagne, amigos, saunas, casinos, conciertos, vértigo. La Felicidad, bah.

Pero extrañamente, o quizá por eso, sin que nadie supiera muy bien qué había pasado, él, nada más y nada menos que él, abdicó al trono. Renunció (varias veces porque nadie lo podía creer) a la compañía petrolera para la que trabajaba. Dejó de ir a fiestas, desconectó el contestador, se metió en la cama y al cabo de tres días de dudas decidió que en vez de ponerse un traje todas las mañanas y tener relaciones sexuales día por medio con alguna modelo de Vogue, se pondría unos bermudas y viajaría alrededor el mundo. Pero no viajaría en avión y con todas las comodidades que le brindaban sus credicards, no: viajaría sintiendo el viaje dentro, fuera, en el medio y a los costados de su ser. Para esto, nada mejor que hacerlo en Cien Medios de Transportes Diferentes. Cambiaría su estresante vida neoyorquina por una al aire, al mar y al río libres.

Viviría sobre un elefante mientras conocía la India y la forma de ser del elefante, un camello alquilado especialmente lo esperaría para llevarlo a través del desierto del Sahara, cruzaría a nado un estrecho utilizando previamente una hojita de afeitar para depilarse y cubrirse el cuerpo con aceite. Haría muchas cosas más, siempre seguido por una o varias cámaras que luego venderían su aventura a altos precios, con lo cual tendría aún más plata que antes.

Según cuentan los diarios y la amiga que me lo quería presentar, él partió heroicamente de Manhattan patinando y escoltado por amigos que le cargaban las valijas y lo alentaban dándole el ánimo necesario para semejante empresa jamás vista en los alrededores yuppies de la zona.

LibrosEnRed

Después de varias aventuras por otros cielos, tierras y aguas, Mateo llegó a la Argentina en un cuadriciclo. Luego de pasear por los glaciares, por el Valle de la Luna y por el Obelisco, siempre utilizando formas muy variadas (no sabía si ir de El Tigre al Congreso gateando, haciendo la vuelta carnero o en el 6o, que es puro folclor), iría a Chile y demás vecinos. Terminada esa parte, no muy emocionante, volvería a los Estados Unidos, donde sus merlines le entregarían el dinero para que continuara siendo perseguido por la National Geographic junto con una lujosa camioneta ya forrada con los nombres de las marcas benefactoras.

Mi amiga pensó que él se parecía a mí, con la diferencia de que yo no sólo NO había dejado ningún puesto millonario, sino que lo estaba buscando con la triste sospecha de pensar que jamás lo encontraría. Pero más allá de esta sutileza, que aclaré antes de generar confusiones, mi amiga decidió presentármelo.

La primera vez que salimos, yo fui a buscarlo a un dúplex espectacular en la calle Esmeralda. Llovía. Fuimos al cine a ver una película muy emocionante, y en un momento yo creí que me había enamorado porque pensé que él se había puesto a llorar junto conmigo en la parte del final. Pensé en la flaca. Éramos tal para cual. Al mismo tiempo sospechaba que eso no era un llanto, sino un resfrío causado por el aire acondicionado de la sala. Siempre me quedó la duda. En ese entonces yo tenía un psicoanalista que me daba consejos y el último había sido que me callara, que dejara de hacer preguntas que incomodaban a los hombres y me limitara a hacerme la distraída. Según él, esa era una buena manera de conseguir que un hombre se quedara más de un mes (un tiempo interesante como para comenzar a hablar de amor) al lado de una mujer.

Después del cine, Mateo me acompañó en un taxi hasta mi casa. Cuando se despidió, me dio varios besos en la mano y mirándome tiernamente repitió varias veces que estaba encantado. Yo no estaba tan encantada, simplemente había pasado un domingo agradable, pero como él dijo lo del encantamiento más de dos o tres veces con énfasis en las pupilas, yo aproveché para encantarme casi más que él. Sus pelos negros, su acento español y sus estrafalarios Cien Medios de Transporte, habían comenzado a subyugarme y ya estaba pensando en casarme con él.

Al cabo de cuatro días de silencio —un tiempo excesivo para alguien que está encantado—, Mateo me llamó para invitarme a comer. Después de que él preguntara varias veces a dónde iríamos y decirme vamos donde tú quieras, mujer, donde quieras, y que cuando yo decía dónde, él dijera ahí no, fuimos a parar a un restaurante pseudo-italiano ubicado en la Costanera Norte. El lugar tenía las paredes empapeladas con fotos del gordo

LibrosEnRed

Porcel y un violinista desafinado tocaba su instrumento sobre las cabezas de los comensales que agradecían como rogándole que se fuera con la música a otra parte. Mientras observaba esto, ya sospechando que ese no era un verdadero restaurante italiano, un grupo de mozos vestidos con trajes color café con leche y moños café express, se me abalanzaron amables, me quitaron el abrigo y se lo llevaron a un perchero que quedaba en el otro extremo de la mesa elegida para nuestra velada.

Él pasó la noche criticando el lugar y diciendo que en Nueva York todo era mucho mejor. Sin preguntarme si quería comer un postre, pidió la cuenta y nos fuimos con la sonrisa de los mozos a cuestas. A pesar de todo, le propuse que fuéramos a dar una vuelta por Buenos Aires.

—¿Estuviste en San Telmo alguna vez?

—No, sólo he estado en San Isidro.

—Pero... ¿hace cuánto que estás en Buenos Aires?

—Un mes más o menos.

—¿Y la Boca, estuviste en la Boca alguna vez?

—¿La Boca...? Bueno, pues creo que no, mujer, la Boca no.

—¿Querés ir a pasear al puerto? Te puedo llevar a conocer el otro lado de Buenos

Aires. San Isidro es lindísimo, pero no es lo que se dice una representación de Buenos Aires. El puerto, en cambio, es tan especial... tiene una tristeza profunda y todos esos barcos en el río, hay casas de lata, de todos los colores, creo que antes de usar tu próximo medio de transporte podrías aprovechar este auto y pasear por ahí.

—Ya, ya, ya, mujer, te a dado por hablar, vamos, llévame tú, lo que yo quiero es divertirme contigo en cualquier parte, si te divierte la Boca, pues vale.

Cuando llegamos al puerto el español se puso nervioso y un poco inquieto.

—¿Qué te pasa, Mateo?

—Es que no veo qué es lo que tú le ves a esto, ¿es que te apetece mucho estar aquí?

—Si querés nos vamos.

—Mira, voy a estacionar el auto aquí, sin compromiso.

—¿Compromiso de qué?

LibrosEnRed

—Bueno, pues tú sabes, hombre, estacionas tu auto y las mujeres se ponen a pensar en el sexo.

—Ah, sí, yo también pienso en el sexo con el auto en movimiento. ¿Vos no?

—Claro que no, mujer, ¿tú de verdad estás siempre pensando en eso? ¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias.

—Piénsalo bien, mira que yo tengo mucha sed y no quiero luego que tú te ofendas si me la tomo toda y tú te quedas con ganas, comprendes, ¿verdad?

—Comprendo perfectamente.

Ya estaba yo haciendo lo que se dice el duelo del globo pinchado. El español era un especie de bestia. Mientras se terminaba casi una botella entera de Fanta, yo avanzaba en los pliegues de mis sesos tratando de saber qué quería y cuál sería mi medio de transporte para dejar de tener esa horrible sensación de estúpida que solía atraparme tan seguido. Para variar, mientras él volvía a prenderse al litro de Fanta, yo pensaba: "Hace mucho tiempo que no acaricio a nadie, podría seguir los consejos del psicoanálisis y gozar un poco de la vida. Este parece medio tarado, pero supongo que a la larga, cuando comencemos a besarnos, me voy a olvidar de todas las estupideces que tiene en la cabeza. Nunca se sabe, podríamos viajar juntos y tener un amor diferente, parir hijos en el desierto o cruzar océanos a nado, siempre fui buena para el agua y me encantan las cosas raras. Debería dejarme de jorobar y ponerme un poco dulce, mi analista dice que no piense tanto. No me parece bien que no le haya dado propina al chico que le cuidó el auto en el estacionamiento del restaurante, me parece atroz que este español se las dé de galán y después no pueda sacar unas moneditas... Pero qué lindo que está ahora que ya casi terminó la Fanta y está más tranquilo. Esos pelos negros que tiene por todos lados, debería tocárselos suavemente y poner cara inocente, haciendo resaltar los labios y cerrando los ojos que son siempre demasiado grandes. Por suerte estuve masticando chicles de menta hasta ahora, espero no tener el gusto que tenían esos fideos abominables. Me está mirando tiernamente, creo que también yo le gusto... ¿con la luz de este farol se me verán los puntos negros? No, no puede ser, casi no tengo. Creo que me está por decir que me quiere llevar con él a conocer el mundo en el cuadriciclo, ¿qué le voy a decir? Las manos son chicas, dedos cortos, eso no me gusta. Pero bueno, nadie es perfecto, eso dice mi analista.

LibrosEnRed

Haciendo un esfuerzo por olvidar la mitad de la noche, voy a acercarme un poco. Le voy a hacer remolinos en los pelos que tiene en el brazo; si no le gusta, me dirá diplomáticamente que me quiere llevar a mi casa. Total, mañana tengo sesión, puedo llorar en el diván, quejarme de que a pesar de haber seguido los consejos para ser toda una mujer, los hombres no me aman como yo me lo merezco".

Comencé a tocarle los pelitos del brazo pero no pude seguir porque él comenzó a morderme el cuello. Quise decirle que por favor más suave, pero prefería callar, tal vez en España era así y con el tiempo podría cambiarlo. Me hacía masajes mecánicos practicando lo que obviamente había visto en alguna película pornográfica.

—Mirá, Mateo, todo está muy bien —susurré en tono dulcificado como para que la bestia pudiera razonar—, pero tendría que ser más sensual, más lento. No hay apuro, yo mañana puedo dormir hasta tarde.

—Vamos a mi casa, mujer, quiero convidarte con un delicioso champagne. Me lo he estado reservando para un momento como éste.

En el trayecto yo seguía pensando que tal vez no era el momento de ir a tomar ningún champagne y que lo mejor que podía hacer era irme a dormir o terminar el libro que estaba leyendo. Pero me arrepentí cuando llegamos al centro y lo miré otra vez atentamente. Esos pelos negros saliendo de su camisa azul y, sobre todo la posibilidad de casarme con él. Sobrevolar extrañas ciudades en globo, volar, expandirme como una estrella fugaz por encima del mundo, lo que siempre había querido. Nos casaríamos en una playa tailandesa, yo medio desnuda con un collar de flores y contoneando caderas entre los nativos del lugar mientras él, con un taparrabos de seda, filmaba la boda para venderla a sus sponsors. Sería famosa y feliz. Saldría en los diarios con cascos, elefantes y esquíes, de la mano del peludo español. Después de tener un hijo en una aerosilla, me instalaría en la cosmopolita ciudad de Nueva York con un auto largo, confortable y entre souvenires y reportajes pasaría mi vida. Qué futuro envidiable, ¿podía perderme esa oportunidad?

—Vamos adonde vos digas —dije tragando saliva.

Ya en su departamento, la ardilla abrió la botella de champagne y me tocó las piernas como diciendo, preparate. Enseguida se me abalanzó burbujas de por medio, con tanta brutalidad y falta de encanto, que yo no podía ni tocarlo.

¿Qué hago? ¿Me rindo hasta que haga de mí un medio de transporte más, o le paro el carro? Me estoy ahogando entre pelos y cabezazos y tengo

LibrosEnRed

miedo de volcar todo este asqueroso champagne en el cubrecamas de plumas. Por qué no me quedé en casa, por qué, por qué no me quedé en casa.

Opté por un diálogo amistoso:

—Mateo querido, antes de que continúes con tu intento de violación, quiero decirte que no es que no quiera ser violada, al contrario, es una de mis grandes fantasías sexuales, pero así no es como debe ser. La violación que yo imagino es distinta.

—¿Qué? —preguntó el peludo como si acabara de tirarle un baldazo de hielos.

—Te explico. Yo me imagino que estamos charlando un rato largo y vos me seducís sin darte cuenta. Nos hacemos los boludos, ¿entendés? y de repente, a mí se me cae algo... y vos me levantás el vestido y...

—Tú eres muy amiga de la flaca o sólo la conoces... cómo decirte... superficialmente...

—....me acariciás haciéndote el malo de la película para que parezca que es contra mi voluntad, ¿cómo explicarlo? Es que estas cosas no se explican, se hacen, como esas operaciones bursátiles, Mateo. ¿Qué era lo que tenía que decirte? Ah, sí, la Boca, no te gustó la Boca... Cuánto lo lamento. Me desilusioné, estoy bastante triste, pero mañana tengo sesión y voy a tratar de recuperar la fe, otras veces ya lo he logrado. ¿Qué me dirá mi analista cuando le diga que a vos no te gustó la Boca?

—No es que no me guste la boca, mujer, es que yo no beso nunca a una mujer hasta que no estoy enamoradísimo o muy excitado. A ti no te he besado porque no tengo deseos de hacerlo todavía, pero más adelante tal vez me apetezca. Lo que sí me ha gustado, es morderte. Siempre me ha gustado mucho morderles el cuello a ustedes las mujeres. El beso es muy íntimo, tal vez debería ir un par de veces a un sexólogo para que me indique qué debo hacer, ¿qué crees?

—Creo que voy a llorar, Mateo. Pensé que podría aguantar hasta mañana pero es demasiado. Yo me refería al puerto, al lugar donde tomaste la Fanta, la Boca, Mateo, no mi boca ni todas las otras bocas que jamás besarás porque sos un imbécil.

—Mira que yo en esa Boca ni he pensado.

—Y en la otra tampoco. No usás los labios, ni los propios ni los ajenos. Creo que podrías aprovechar ese camello que vas a tener en la India para que te lleve a ver a Sai Baba, según dicen resuelve muchos problemas con sólo

LibrosEnRed

tirarte un poco de ceniza encima. Me voy, Mateo, nos vemos en el consultorio de Sai Baba en un par de años.

—No, espera, tienes que valorar mi sinceridad, aprovecha esta noche, es para ti y para mí, tenemos todo el tiempo por delante, la vida es una gran aventura, ¡joder!

—No.

—Qué dices, mujer, ya no te entiendo. Mira, ahora cállate, abrázame y dejemos esto para más adelante. Ven, sácate los zapatos y acuéstate aquí, cerca de mí, quítate la ropa, hombre, aquí no hace tanto frío y tócame, anda, tócame.

Yo obedecí porque me pareció más erótico que rebelarme, y porque no me daba por vencida. Afuera llovía y yo no tenía ganas de salir a la calle para ver cómo todos tenían novio y paseaban abrazados mientras yo acababa de dejar a un hombre completamente solo. Mientras tanto, sus pelos terminaron por hacerme sentir que estaba acariciando una alfombra, y como él intentó volver a morderme el cuello, yo lo agarré de un cachete y con un tono, mezcla de maestra ciruela, sexóloga new age y Ana de la Pradera, me vestí diciendo cosas horrorosas.

De repente, cuando creí que Mateo me declararía sus disculpas, y finalmente, habiendo entendido cuánto mejor era la vida besando en la boca todas las veces que fuera necesario, me tiraría sobre la cama y me haría el amor hasta el amanecer, él se levantó, se vistió con una velocidad sorprendente y dijo:

—Oye, mira, te acompaño hasta abajo para que te tomes un taxi. Ha sido un gusto conversar contigo y conocer otros puntos de vista, de verdad.

Leería un rato hasta dormirme y soñar que una boca gigante, babosa y de dientes afilados esperaba que Mateo se cayera de algún medio de transporte para tragárselo junto con mi bronca.

LibrosEnRed

Narciso y el mundo

—Mozo, pan y manteca, por favor, dejé de fumar, sabe, y estoy comiendo muchísimo, ya se me va a pasar... y... tráigame vino, un cuarto de vino de la casa, el de la otra noche. ¿Se acuerda?

—Carlos, estuve pensándolo bien y me doy cuenta de que no te quiero.

—Vos sabés que hoy mi viejo vino a arreglar todo eso del departamento que te conté la otra noche, todo ese lío bárbaro lo armaron entre ellos y siempre soy yo el que tiene que pagar los platos rotos. No sé, mirá, desde que me separé de Mercedes, mi vieja está rara. No, rara no. Mi vieja es muy equilibrada y muy normal, distante, conmigo especialmente. Es que yo a Mercedes, el día que me dijo que tenia un amante, casi la mato. Estuve agresivo, pero no lo suficiente. Ella dice que estuve muy agresivo ¿te das cuenta? Y mirá que yo soy un tipo observador, siempre atento, no te digo que a las pequeñas cosas, pero sí a las importantes. No sé cómo hizo para engañarme con ese tipo durante dos años, pero qué manera de mentir. Vos no parecés mentirosa, aunque mejor dejemos ese tema, porque además lo que creo es que ella, Mercedes digo, siempre tuvo dificultades para comprometerse con algo serio. Constantemente buscando la novedad, esa manía de vivir en éxtasis que tienen ustedes las mujeres me cansa. Nosotros somos diferentes, sí, sí, completamente diferentes. Aunque vos no parecés estar en la pavada. No digo que Mercedes haya sido una tonta, al contrario. Muchos de mis amigos que la conocieron decían que era una tipa piola, pero una mina con ser piola nunca llega demasiado lejos, para llegar lejos tenés que tener cuidado y no hacer tonterías. Además de hacer tonterías, Mercedes se las contaba a todo el mundo, era una mina con problemas, viste. Tenía amigos raros, bah, raros, sí, raros, qué tiene de malo, a mí siempre me parecieron personas que hablaban mucho pero a la larga, nada de nada. Sabés a qué me refiero, por supuesto, no hace falta explicarte. Gente, qué sé yo, siempre buscando aventuras, viajando, haciéndose los cancheros por ahí. La otra vez me encontré con una chica que se había ido a la costa a vender bombachas, ¡es el colmo!, uno se va a la costa para descansar, no para vender ropa por la playa. Yo no le dije nada, pero mientras ella hablaba yo pensaba, pobre mina, ¿no? Bueno, pobre no sé, al final esa gente se busca ese tipo de vida, soy un convencido y vos lo sabés bien,

LibrosEnRed

de que cada uno elige cómo quiere vivir. Yo elegí esta, esta es la mía. Escuchame... ¿qué te iba a decir?... ¿Tenés hambre?

–Sí, Carlos, tengo hambre y estoy cada vez más segura de que no te quiero.

–Vos también tenés tus cosas, pero lo bueno es que tenés paciencia. Al menos no hacés escándalos en las reuniones sociales. Yo, porque te conozco. La otra noche en lo de los chicos, en el cumpleaños de María José, qué cara larga que tenías, ¿por qué te ponés así cuando vamos a comer con mis amigos?

—Porque me aburro, Carlos.

—¡Te aburrís...! Pero vos debes tener algún problema. ¿Qué más querés de la vida, che? Todos contando chistes y vos con cara de nada, de nada por no decir de culo. Disculpame, vos sabés que no me gusta decir malas palabras, pero es que no me cabe otra expresión. La próxima vez que Mariano se ponga a contar chistes, al menos sonreí, no te digo que te rías como loca, pero sonreí que no te cuesta nada. Y si no los entendés, decime, yo te explico, no te tiene que dar vergüenza, mucha gente dice cuándo no entiende un chiste y siempre hay alguien que se lo explica. Pero no pongás más esa cara, por favor, que la gente no nos va a invitar más. Vos sabés que, para mí, mis amigos son muy importantes. Yo siempre te digo: mis amigos son muy muy importantes. A la gente le gusta divertirse, no hay que poner mala cara. No cuesta nada disimular un par de horitas. Si no te quedás solo, viste, y eso debe ser lo peor que le puede pasar a alguien. A veces Mercedes me decía que ella quería estar sola, que no le importaba. Pero no puede ser, le decía yo, y ella insistía, dejame sola, quiero estar sola. Pobre, qué mal que estaba. ¿Querés compartir una entrada? Tengo hambre.

—Sí, Carlos.

—Mozo, matambre con ensalada rusa y más pan, por favor. A mí me parece que una pareja tiene que acompañarse, tolerarse, aguantarse y tratar de no separarse.

—Avejentarse, suicidarse.

—Claro.

—Claro qué.

—Si no, ¿dónde está la pareja? Para que te des una idea de lo que quiero decir, a mí no me gustan tus amigos hippies, por ejemplo, ese amigo que tenés, el que vende pulseras en Parque Centenario. Yo no tengo nada

LibrosEnRed

contra los hippies, en la facultad había algunos y yo no tenía ningún problema, pero ese chico de las pulseras, el del pelo pajoso, mucho no me gusta. Sin embargo, la otra vez, cuando vos te quedaste ahí charlando con él durante dos minutos, yo te esperé sin chistar y sin poner la cara esa que vos ponés en las reuniones con mis amigos. Esto no te lo digo para recriminarte nada, al contrario, es para hacerte ver que yo también tengo mis preferencias y sin embargo, fijate, no te las digo y respeto, aunque me cueste tu forma de ser. ¿Por qué? Y bueno, porque es tu forma de ser, no la mía. Yo hago la mía. No me fijo en la que hacen los demás. Hablando un poco de todo, lo que sí voy a pedirte, ya que estamos hablando bien y tranquilos, es que cuando me llames a la oficina preguntes por el señor Melanci y no por Carlos. No es por nada, pero en la oficina es mejor mantener una distancia, al menos con las secretarias. Las secretarias están siempre parloteando entre ellas. Quieren saber vida y obra de cualquier tipo que usa una corbata y tiene menos de cuarenta años. A mí no me molesta, pero ¿para qué agregar más chismes de oficina? Gracias, mozo. ¿Tiene un poco de sal? Gracias. Macanudo el mozo, ¿viste? A mí me parece importante que cuando voy a un lugar me atiendan bien, es básico. Yo soy el cliente, el que al fin y al cabo les da de comer. Pago para que me sirvan y me hagan sentir bien, no para que me traten como si fueran ellos los que me están haciendo un favor. Tendría mil lugares para ir. La otra vez le decía a mi hermano menor, vos no lo conocés todavía, te lo tengo que presentar, haceme acordar, le decía que decidí cambiar de gimnasio sólo por cómo me atendía la recepcionista. Yo no sé, che, estas tipas de los gimnasios deben creer que son modelos profesionales y que tienen derecho a decirte lo que se les ocurre. Ni que fueran las dueñas. Son simples empleaduchas, sólo porque trabajan en un lugar así se les suben los humos y te miran con la nariz parada. Al principio me parecía macanuda, claro, yo era nuevo y me sonreía siempre. Ella cambió mucho cuando te vio a vos. ¿Te acordás el día que viniste a buscarme, el día ese que llovía? Estas chiquilinas se ponen celosas por cualquier cosa, se creen que porque uno les da un poco de pelota ya hay algún tipo de interés. Por eso te decía lo de las secretarias de la oficina, es mejor que ellas crean que yo no tengo una mina. No por nada, al contrario, por vos también, para que no te traten mal cuando me llamás, es mejor para los dos, repito.

—Carlos, no te aguanto más.

—Justamente le decía a mi hermano, al que te voy a presentar para que vayas conociendo a mi familia, que a mí no me gusta que hablen de mí a mis espaldas y menos un grupo de secretarias, después se toman confianza y zas, se se arman los líos. No, no, de ninguna manera.

LibrosEnRed

—Carlos, quiero casarme con vos, tener once hijos y comer ravioles todos los domingos de mi vida con tu hermano, tu mamá, tu papá y todos tus amigos.

—Disculpame, creo que no te escuché, ¿qué decías?

Feliz navidad y prósperos años de felicidad

Hacía mucho que odiaba las Fiestas de Fin de Año. Cuando se acercaba la Navidad, en lugar de llenarme de regalitos, parientes y festejos, me iba hundiendo en una tristeza punzante y andaba por ahí queriendo que ya fuera cualquier día de enero, menos el 6. La bendita Navidad, con sus brillos de platino desflecado, pavos, balances y la clásica fiesta a la que hay que ir a abrazarse y decir feliz año cuando uno ya sabe que será más o menos igual al que pasó, me entristecía tanto que tomé la costumbre de entrar en cualquier iglesia de Roma, robar unas velas largas que olían a incienso para llegar a casa, prenderlas y pensar en bueyes perdidos.

En ese invierno europeo, yo trabajaba en un teatro disfrazada de Papá Noel. Salía a escena cargando sobre mi espalda una bolsa llena de caramelos y dando saltos entusiastas al ritmo de unas campanitas comenzaba mi show bajando a la platea. Ocultándome debajo de una barba blanca arrojaba caramelos que volaban y caían directamente sobre las cabezas de los que miraban el espectáculo con cierta desilusión o pensando que se habían equivocado de teatro. Luego de hacer algunas piruetas, siempre con mucho encanto y habiendo visto de cerca el distinguido público para el que realizaba mis desnudos, tomaba valor y seguía adelante preguntándome por qué estaba ahí. Me contestaba, todavía con la barba puesta, que era para ser económicamente independiente y eso ayudaba a arrancarme la barba, soltarme el pelo que caía lacio y largo sobre mis hombros y desprenderme gatunamente de un body que me quedaba chico. Una vez convertida en una sonriente bailarina con las tetas al viento, recibía los acalorados aplausos del público y volvía a esconderme en el camarín.

Esa Nochebuena, el dueño de una pensión para travestis, putas y lesbianas recién convertidas, había decidido reunir en una cálida mesa navideña a todos los que vivían cerca de la estación y que esa noche no tendrían arbolito, familia ni panettone. Acepté la invitación porque yo era uno de ellos. Hubiera preferido tener una fiesta en un palacio, o vivir en Nueva York y ser una modelo top en un viaje de negocios, pero la Navidad me recibía entre ex hombres, bigotudos vendedrogas y putas feministas. A mi derecha en la mesa, había dos lesbianas que se besaban tocándose los pezones, y a mi izquierda, entre adornos y bocadillos, había travestis brasileños,

LibrosEnRed

argentinos y de otros hemisferios. Mejor eso que nada, me decía mientras algunas ex algunos me piropeaban el número de Papá Noél acariciándome la cabeza o la entrepierna.

Faltando quince minutos para las doce, y habiendo comido ya varias almendras, aceitunas rellenas, canapés húmedos, vino, agua, cocacola del vaso más cercano, pan con quesos, jamones y un plato de canelones, decidí retirarme. Los travestis eran un amor pero hacían demasiado ruido y Sonia, un brasileño de dos metros, me miraba mucho y hacía demasiadas preguntas con ritmo inquietante. Luego de algunos ruegos bisexuales, largas pestañas que me miraban diciendo quedate, labios carmín brilloso diciendo non andare vía justo adesso y demás muestras afectivas, me paré, dije que tenía una cita imprevista y besando uno por uno para no tener problemas con los muchachos del barrio, partí.

Atravesé la estación prácticamente desierta y caminé por las callejuelas angostas de Roma. De vez en cuando me cruzaba con un grupo de mujeres desteñidas y viejas que hacía años habían olvidado festejar el veinticuatro de diciembre. Estaban ahí, con los labios hinchados esperando clientes.

Llegué a casa con un frío horrible. Después de sacar una por una con mis propias manos la montaña de bolsas de polietileno que la huelga de basureros dejaba diariamente delante de mi casa, abrí la puerta de madera, encendí algunas velas del Vaticano y me puse a llorar con música de fondo hasta que sonó el teléfono. Era Fulvio, el único amigo que en ese momento tenía en Roma. Dijo que quería verme para darme unos regalitos. Se disponía a despedir a un grupo de primos y tíos que veía solamente en fechas importantes y vendría a mi encuentro.

Fulvio llegó tocando una bocina estridente y cargado de magia envuelta en papel crujiente. Había unos turrones de chocolate con almendras tan grandes que por un instante pensé que eran pura ingeniería genética y tuve miedo de morderlos. Envuelta en otro papel con un moñito lila había una bufanda tejida de color verde seco y afuera, estacionado enfrente de casa, un auto nuevo.

Todo, menos el auto, era para mí. Mientras me secaba las últimas lágrimas, él hablaba maravillas sobre mi persona comparándome con un ángel que en vez de caminar, volaba y se deslizaba suavemente por esa callejuela de prostíbulos.

—Gracias, Fulvio.

Durante las primeras cuadras tuvimos una conversación interesantísima sobre las cosas que él iba a poder hacer gracias a la compra del vehículo.

LibrosEnRed

Qué suerte, decía yo todo el tiempo, cuánto me alegro, repetía, mientras pensaba que tal vez, si me hubiese quedado sola, a la larga se me hubiese pasado y ya estaría acostada leyendo el Tao de la Física en italiano: más o menos una página cada media hora, en dos horas habría leído cuatro páginas y ya sabría algunas cosas más sobre el origen del universo, que había quedado relegado por la visita de Fulvio.

—¿En qué estas pensando, bella mía?

—¿Bella tua? ¿Se me nota mucho la tristeza?

—No es por eso.

—¿Qué?

—Eso.

—Qué.

—Tu sei per me la mía donna.

—¿Ah, sí?

—¿Non ti sta bene?

—No, no es eso, es que no lo sabía. Además no entiendo, ¿cómo que la tua donna? Yo no soy de nadie por ahora y no sabía que era tuya, si lo hubiera sabido, me tendrías que haber regalado otra cosa, un anillito, un vestido del Porta Portese, pero no una bufanda, querido.

—Guardami un po.

—No puedo, estás mirando para adelante.

—Certo.

—Fulvio, ¿qué te pasa?

Se produjo un silencio de auto nuevo, sólo se oía como un deslizarse del ruidito de la calefacción y la música de uno de sus cassettes. Fulvio pensaba mirando para adelante cuidando el auto y lo que iba a decir. Empezaría un año nuevo, se veía que él quería empezarlo como correspondía y seguía pensando cómo hacerlo mientras se mordía un labio y soltando el volante me miraba de vez en cuando.

—Fulvio, ¿te hizo mal ver a tus parientes de fin de año? A mí, después de ver a mis tías, me daba febrícula. ¿Fumaste hash? ¿Te queda un poco?

—Vos sabés que eso jamás.

—Ese es tu problema, Fulvito, que estás lleno de jamases y sos muy previsible. Qué te pasa, hablá, me estoy poniendo incómoda.

LibrosEnRed

—Sí —dijo Fulvio, y respirando hondamente anunció que quería casarse conmigo cuanto antes y llevarme a vivir a Nápoles. Todo rápido y de un tirón. Sin pausa, sin emoción pero con especulaciones sobre vivienda, manutención económica y protección masculina de por vida, Fulvio repitió que teníamos que casarnos. Iríamos a Nápoles, dijo en un momento en el que respiró y siguió, donde la gente era mejor y todo era más fácil que en Roma. Por su forma de hablar, todo parecía haber pasado ya por mi consentimiento. Paseamos largamente y comimos los turrones de ingeniería genética en el auto nuevo de Fulvio mientras yo hacía un gran esfuerzo por escuchar sin interrumpir. Cuando él hablaba, yo hacía ruido con los turrones, me acomodaba la bufanda nueva y miraba la belleza descomunal de aquella ciudad. Una vez más tenía la sensación de que Roma no era para los romanos, que me parecían bastante cuadrados, desbordantes de una sexualidad ridícula y con la vida llena de madres, hermanas y pizzas. Roma tenía una belleza sagrada. Era un universo de fuentes, columnas y parques señoriales. Un espacio mágico y nostálgico que estaba ahí, como fuera del tiempo moderno y añorando, detrás de cada muro, a otros habitantes. Mientras yo masticaba cuidadosamente los turrones y tomaba sidra de la botella, Fulvio hablaba de la boda con tanta seguridad, que casi le digo que sí. Una y otra vez, Fulvio me declaraba su amor de año nuevo diciendo que yo tenía una excitante mezcla entre un ángel, una jirafa y una empresaria.

—Son muchas cosas, Fulvio. Sólo con lo del ángel ya quedabas bien, lo de la jirafa no me molesta, pero ¿una empresaria? Me desnudo tres veces por día en un teatro barato, ¿qué tipo de empresaria sería?

—No tendrás que hacerlo nunca más, per il amore di Dio.

—¿Estás borracho?

—Per niente.

—¿Y qué querés que haga, que trabaje en un bar?

—Que seas mi mujer. Que no trabajes nunca más.

—Bueno...

—Menos en ese lugar... de...

—Ese lugar que tanto te molesta, es el único de todos los lugares donde he trabajado que me gustó en toda mi vida, Fulvio. Es el único lugar donde me pagan bien por bailar, hacer mis coreografías y elegir mis movimientos. Es el único trabajo donde me reí en mi vida. No pienso dejarlo, salvo que me gane la lotería. Pero si tengo que trabajar, prefiero mostrar el culo que tenerlo pegado a una silla.

LibrosEnRed

—Yo no permitiré que te humilles así, confiá en mí.

—Yo no me humillo desnudándome sino vistiéndome de secretaria.

—Pero no está bien visto.

—¿Por quién?

—Por nadie.

—A juzgar por la cantidad de hombres que van por día, ellos lo ven bárbaro. Es mejor que tantas otras cosas. Ya te explique una vez cómo pensaba que era esto, Fulvio. Además, ¿por qué estamos discutiendo? Todavía no nos casamos.

¿Habrá sido un error pasar por encima y por alto, al mejor estilo de los ángeles y las jirafas, su propuesta navideña?

Le dije que tal vez él era demasiado para mí. Fulvio se puso a llorar. Le dije que estacionara cerca de alguna fuente para lavarse la cara y evitar estrellarnos contra una columna. Sus lágrimas no eran tantas ni tan intensas, pero como él quería que se notara su sufrimiento y no quedara ninguna duda sobre su amor, cerraba los ojos y fruncía la cara estrujándose los párpados como queriendo sacar más lágrimas de las que había. Consolé a Fulvio con la bufanda nueva. Pensé que era el hombre más feo que había visto en mi vida cuando nos despedimos cordialmente en la puerta de mi casa y toqué un moco caliente en el tejido Benetton de mi regalo navideño.

Al cabo de un tiempo, Fulvio se convirtió en una víctima de lo que los psicólogos llaman delirio místico, de lo que yo no sé cómo llamar y de lo que él llamaba claramente: Mensaje de Cristo. Cada mañana, durante varios días, yo recibí postales con la cara de Jesucristo en holograma, fotos de Vírgenes, oraciones y diferentes modelos de cruces. Las postales con la cara de Cristo no eran siempre las mismas, a veces, Él miraba directo a mis ojos, otras estaba en la Cruz y miraba al cielo y otras parecía John Lennon antes de John Lennon. Cuando regresaba por la madrugada, gentilmente acompañada hasta la puerta de mi casa, Fulvio ya había dejado caer por la rendija de mi buzón un rosario acompañado de cartas con suplicantes palabras de amor y explicaciones de porqué me convenía estar con él y dejar mi vida erótico-teatral.

Entre las súplicas y piropos, había frases extrañas. La última vez que recibí una de sus postales con la mirada holográfica de Cristo dirigiéndose a mí como si estuviera advirtiéndome algo, Fulvio se anunciaba como "mi guía espiritual" y decía que según los últimos mensajes recibidos desde el Cielo,

LibrosEnRed

yo debía huir de Roma cuanto antes porque estaban por ocurrirme una serie de cosas espantosas.

Debía ir a Nápoles con él, o volver a Buenos Aires, donde estoy ahora, y donde dicho sea de paso, ya han pasado y siguen pasándome una serie de cosas espantosas.

LibrosEnRed

Acerca del Autor

Carola Baratti

E-mail: carobaratti@yahoo.es



No tengo un currículum académico, pero tampoco he vivido debajo de un puente (por ahora). No soy la típica burguesa, pero cumplir 40 me ha dejado atónita y me preocupa no ganarme la lotería en los próximos 10 años. Trabajo más de lo que querría y estoy pensando en hacerme un lifting de ojeras. Escribo porque hacerlo me devuelve el vuelo que perdí cuando me enteré de que Papá Noel no existía.

Mi libro *La técnica del pájaro* obtuvo una mención del Fondo Nacional de las Artes.

Editorial LibrosEnRed

LibrosEnRed es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la **edición** de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de **comercializar** las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Nuestro sistema de atribución de regalías permite que los autores **obtengan una ganancia 300% o 400% mayor** a la que reciben en el circuito tradicional.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.